



Hermanas Pobres
Bonaerenses de San José



Adele Sesso
Bernardita de la Inmacolada

15/10/1918 – 12/12/2001



Dice Madre Camila:

*“Es por eso que los santos, son santos, porque
amaron mucho. . . Dios te haga una Santa,
querida, y las haga a todas unas santas,
me las crie para el cielo”*

Dicen de Bernardita:

"...se hizo religiosa para
conocer y amar a Jesús y
hacerse santa"



"Desea crecer siempre más en
el amor a Jesús y ser
verdaderareligiosa."

"En medio de las "ollas" rezaba y evangelizaba. No
perdía la calma, siempre se la encontraba alegre,
sonriente..."

"..Ella era para todos "Madre",

"Para mí ha sido un ejemplo de docilidad al Espíritu
Santo, de amor a Jesús y de amor a la carne de
Cristo concreta..."



A

Continuación, deseamos compartir algunos testimonios
recogidos de quienes tuvieron la dicha de conocer a nuestra querida

“Madre Bernardita”



Cartas de la Maestra de novicias sobre la Hermana Bernardita Sesso
(Dirigidas a la Superiora General)

17 enero 1937

“(…) La Postulante, Sesso Adela es de carácter enérgico, demasiado puro, pero con coraje de vencerse, tiene tanta buena voluntad que querría hacer de todo, de tan buena, muy humilde, un comportamiento angélico y muy piadosa pero no exagerada, reza como la comunidad, y en cualquier circunstancia pide el permiso de hacer una novena o una mortificación.

Yo la trato como a todas las otras no le ahorro ninguna reprensión, pero es siempre igual a sí misma, ama a su Jesús y lo quiere amar siempre más. (…)



Gracia recibida por intercesión de Madre Camila Rolón.
6 de marzo 1937

“Las novicias gracias al Señor están bien, pero en estos días se enfermó Suor Bernardita de la Inmaculada. Se cayó por la escalera, se golpeó

fuertemente con los escalones la espina dorsal con los riñones y dudaba seriamente por la gravedad. Tenía fiebre 39,5 grados, con fuertísimo dolor al moverse. En su fervor se dirige con confianza a la Inmaculada y a San José que por intercesión de nuestra santa Madre Camila la cure perfectamente.

En la noche del 21 al 22 de febrero pasado, porque se cayó el 20, no pudiendo dormir por los fuertes dolores, se dirige como dije a nuestra santa Madre Camila y me dice que vio sentada sobre su cama una hermana. Ella creía que fuese yo y buscaba de poder levantarse para pedirla bendición, haciendo esto, no la ve más y permanece un poco impresionada porque después, la ve sentada nuevamente sobre la cama. La fiebre desapareció rápido y los dolores terminaron y curó perfectamente.

La novicia dice y confirma que ciertamente ha estado nuestra santa Madre Camila a curarla, que ha intercedido a través de la Virgen Santísima y San José.

Martes dos del corriente ve nuevamente a nuestra Santa Madre Camila, de aspecto como la fotografía que teníamos en la sala, se acercó al lecho y la novicia hace el movimiento de levantarse para pedir la bendición, pero esta visión de la madre Camila fue un gesto con su mano para que se detenga y después le dice: “reza mucho por la comunidad para que se haga pronto

aquello que se está siguiendo”



Vengo en conocimiento de esto porque con toda humildad, como hace siempre, me dice si podía atenderla; me pide el permiso de hacer una novena a nuestra Santa Madre Camila y así con gran simpleza me dice lo sucedido. Le di coraje diciéndole que se debe rezar mucho por la comunidad, por el Instituto y que el espíritu de nuestra Santa Madre está siempre con nosotros.

Esta novicia es muy buena, simple pronta a todo, se distingue por virtud, por la contención, es un alma toda del Señor. No es fanática, todo lo contrario obediente a la observancia de la Regla y si alguna vez, sin darse cuenta falta pronto, la reprende, la humilla, pero está siempre tranquila llena de la Voluntad de Dios. Dice que se hizo religiosa para conocer y

amar a Jesús y hacerse santa. Me pide alguna vez si le permito de hacer mortificaciones. Le permito algunas oraciones demás por los pecadores. La he tenido al resguardo por algunos días por precaución, ahora no acusa ninguna complicación, camina como al principio, ha venido asegurándome que no siente más nada.

Agradecemos al Buen Dios que quiere darnos prueba de la materna protección de nuestra santa madre Camila.”

24 de abril 1937

“La novicia Bernardita es como dije, de carácter bueno, de oración, falta en alguna cosita inadvertidamente, vigila mucho sobre sí misma, es fervorosa y busca en algún modo de contradecirse a menudo, la reprendo pero, prevaleciendo en ella la humildad, no se turba y me busca en cualquier momento para pedir al Señor perdón.”

9 de julio 1937

“(…) La novicia Suor Bernardetta Sesso, promete mucho, su carácter es dócil, sumiso, cuando se da cuenta que no ha actuado bien respondiendo resentida a las hermanas en la recreación, o no ha estado pronta a obedecer en alguna pequeña cosa, enseguida se humilla, pide perdón.

Es activa en el trabajo material y también de costura, rápida como un pájaro, pronta a hacer cualquier cosa.

La pruebo en todos los modos, haciendo dejar un trabajo que le gusta, humillándola cuando lee porque no pronuncia bien las palabras, no es práctica en la lectura y le cuesta mucho por su pronunciación.

Ciertamente la naturaleza siente, más teniendo buena voluntad, podrá lograrlo.

Su piedad es grande. Tanto cuanto le permito nada más porque así quiere la obediencia. La debo atender a menudo sola porque desea crecer siempre más en el amor a Jesús y ser verdadera religiosa. (...)”





Entró en el Instituto el 29 de julio de 1935, vistió el Hábito el 3 de febrero de 1937, profesó el 19 marzo de 1938.

El 5 de octubre del mismo año, llamada por la Madre General María de la Asunción Bertini, partió para la Argentina. Trabajó durante 48 años por el instituto con amor y humildad, con sacrificio e incansable abnegación, tanto en Argentina como en Estados Unidos

Bernadetta fue un alma apostólica, amante de la Congregación, obediente, pronta al querer de Dios expresado por las

Superioras, un alma de vida interior y de oración que trasmítia a los demás lo que ella vivía espiritualmente.

En el noviciado de los RR. P.P. Jesuitas colaboró en la formación de los futuros religiosos con el trabajo, la oración y el escondimiento, acogiéndolos con la bondad y la sonrisa en sus dificultades, alentándolos y ayudándoles espiritualmente; fue para ellos una verdadera madre, como lo testimonian las frecuentes visitas de agradecimiento que recibía en Roma, de parte de sacerdotes y prelados, y sobre todo del Cardenal Bergoglio, que estuvo muy cerca de ella durante su última enfermedad.

Retornó definitivamente a Italia en 1986, y residió en Roma hasta la muerte con los oficios de cocinera y portera, que desempeñó con humildad.

Sufrió mucho durante su vida a causa de los dolores y de las intervenciones quirúrgicas, pero en el último período, sufrió todavía más intensamente a causa de un tumor al páncreas y al hígado, consciente de su mal que soportó heroicamente con coraje con serenidad, sin un lamento y haciéndose útil hasta el fin.

Diez días antes de morir, recibió el sacramento de los enfermos y la absolución "in Articulo Mortis", de las manos del Cardenal Bergoglio, con fe y presencia de espíritu, rodeada de sus Hermanas.

El 12 de diciembre permaneció en cama con fuertes dolores; en presencia de la comunidad y del párroco pidió el Crucifijo, que besó con fe, diciendo: "Jesús, hazlo pronto"; después de unos instantes, entregó su alma a Dios. Para nosotras fue un gran ejemplo de fe y de humildad. Por deseo de sus parientes fue sepultada en Montella.

Testimonio de la Reverenda Madre María Luisa Esperben, que fue su Superiora General durante dieciocho años:

"Berna, ¡ayúdame!

Entre las Hermanas virtuosas del Instituto se destaca Bernardetta Sesso. Era la mujer feliz que amaba al Instituto. Obediente a lo que se le pedía que hiciera, no ponía nunca dificultad. Todo lo recibía con alegría, fuera donde fuera. Lo mismo en el trabajo: era muy laboriosa, sin pereza, con alegría. Múltiple: hacía tejidos, bordados, labores para el altar y... cocinaba. Trabajadora sin medida en lo que se le presentara, nunca se negaba por cansancio o falta de tiempo.

No era egoísta, enseñaba a la que se lo pedía. Sencilla, amable, veraz, cariñosa, respetuosa del prójimo, no murmuraba de nadie.

Nos escribíamos siempre y las mejores estampas que he recibido eran de Berna, la Virgen desata nudos!

Amaba a los sacerdotes desde niña. Rezaba y sacrificaba por los sacerdotes y seminaristas, de forma extraordinaria.”



Bodas de Oro del Padre José De Lucca (Capellán de Muñiz) - 04/05/1958

Hermanas paradas: Madre Florinda Leonelli, Hna. Amancia Velázquez, Madre Gabriela Vierira, Madre Susana Suarez, Madre Justina Marchetto, hna. Amalia Ourthe, Madre Clotilde Serrari,

Hna. Bernardita Sesso, Madre Eulalia, Hna. María del Huerto, Madre María Delia Montes de Oca, Madre Albertina Gauzza, Hna. Fermína Dri, Hna. Elba Castillo, Hna. María del Carmen Scott, Hna.

María Hilda Arévalo, Hna. Asunción Sorhuet, Madre María Elena García.

Hermanas sentadas: Madre María Luisa Esperben, Madre Elisa Mnes, Hna. Genoveva Bello.

Colegio del Salvador

TEL. 46-5653/57

Buenos Aires, 29 de marzo de 1986

Rda. Madre
Bernardita Sesso
San Miguel

Querida Madre Bernardita:

Pax Christi!!

En vísperas de la Pascua y a pocos días de su viaje (que también es una Pascua) siento que debo ponerle estas líneas que le hagan llegar mi profundo agradecimiento por todo lo que Usted ha hecho por la Compañía en la Argentina.

Hay algo significativo en su permanencia aquí, entre nosotros. Usted vino para hacer su apostolado en la Casa de Ejercicios. Lo hizo y muy bien. Sin embargo el Señor quería que, desde esa Casa, hiciera otro apostolado mucho más fecundo para el que El tenía una especial predilección: el apostolado de formación de jóvenes sacerdotes, de corazones sacerdotales y religiosos.

Usted llega a Argentina a una casa junto al Noviciado jesuita: un noviciado todavía pequeño, que comenzaba a crecer. Y Usted lo vio crecer, y llenarse, y no dar a basto casi... Pero lo importante es que esos novicios (y muchos otros que no éramos novicios) la vimos a Usted. Y, en Usted, vimos qué significaba una consagración religiosa sin límites. Vimos generosidad, espíritu de obediencia, de abnegación, de servicio... vimos piedad, alegría, sentido común y fortaleza. Vimos paciencia y resignación. Usted, con su actitud, puso calor de madre en nosotros y, a la vez, les iba enseñando a esos jóvenes cómo se trata a una mujer: porque esto se aprende de una madre o no se aprende nunca. Y Usted fue Madre.

Ahora se va. Quedan los recuerdos, y su nombre en una placa de bronce en la Biblioteca. Todo esto es poco. Prefiero pensar en el nombre de madre que dejó tallado en los corazones de tantos jesuitas jóvenes buenos, a la hora de la prueba y de la oscuridad, podrán encontrar allí un asidero para su fidelidad, un ejemplo para seguir en la constancia y la fortaleza. Doy gracias a Dios por haber permitido esto.

Cuando Usted vino a Argentina lo hacía sufriendo: dejaba atrás ese apostolado de Seminario en los Estados Unidos y allí también tantos sacerdotes que la querían como madre. Ni se imaginaba que aquí le iba a pasar

Colegio del Salvador

TEL. 46-5653/57

/////

lo mismo. Ahora se va y sé que lo hace 'en cruz'. Sepa ver, en esa cruz, la seguridad de una misión cumplida, una misión que Usted misma no esperaba. Aquel noviciado vacío dio mucho fruto... el Máximo está lleno de jóvenes. Ahora el desafío es para ellos: que sepan hacerse hombres con los ejemplos recibidos. Usted sembró con ejemplo, oración y dolor (baste pensar en sus operaciones). Ahora que se hagan cargo de la siembra y la hagan fructificar. De su parte sólo queda la oración y ese desear de madre, ante Dios, de que ninguno de ellos se pierda, de que todos sean santos religiosos.

Sé que esta carta no le va a hacer mal porque sé de sobra que su corazón de madre sabe decir con sinceridad: 'Señor, sierva inútil soy...'. Siga diciéndolo y glorificando al Señor por todo lo que ha querido hacer a través suyo.

De mi parte simplemente decirle muchas gracias por todo esto, y -de manera particular- por todo el bien que me ha hecho personalmente.

Y hasta cuando Dios quiera. Cuando y donde El lo determine... Al menos estamos seguros de poder decir: 'hasta el Cielo', porque el Señor nos acompañará con su Bondad y Misericordia.

Con filial afecto en nuestro Señor y Su Santísima Madre,

Jorge Mario Bergoglio, S.J.



**“Si los santos interceden por nosotros,
esa intercesión la percibo en la Madre Bernardita”**



Conocí a la Hermana Bernardetta Sesso en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en San Miguel. Era el año 1979 y las Hermanas Pobres Bonaerenses de San José se hacían cargo de la Casa de Ejercicios San Ignacio de Loyola en Villa de Mayo, colindando con nuestro noviciado.

La Madre Bernardita, así la llamábamos, era para nosotros una Madre. Desde el primer día que la conocí tuve con ella una sintonía y afecto muy especial. Una virtud que brotaba naturalmente en ella era su bondad, humildad y su sentido

común. Tenía una sabiduría especial y un trato con los novicios directo, sencillo, abierto, conociendo a cada uno inmediatamente, sin vueltas. A mi llamaba la atención su cariño y empatía.

Algunas anécdotas.

Compartí con ella la ida a buscar donaciones a los frigoríficos de Mataderos, en el viaje nos contaba anécdotas de su paso por Estados Unidos, cuando estaba a cargo de un seminario. Llegado el momento de pedir en los distintos frigoríficos, la Madre tomaba la iniciativa, pedía con humildad y picardía, pedía para los novicios y para los pobres. Llevaba estampas y les daba a los empleados con una gran humanidad. Era muy difícil resistirse ante un pedido de una “monja” mayor, de baja estatura, con esa sencillez de los humildes y grandes de corazón. Contaba los chorizos, las mortadelas, los quesos, los salames, y nos lo daba a nosotros, jóvenes novicios y changarines, para que los colocáramos con delicadeza y gratitud en los cajones que llevábamos para esa “cosecha”.

Había un grupo de novicios que vivíamos en la Casa de Ejercicios, debido al aumento de las vocaciones, no había lugar en el Noviciado. Me tocaba el oficio de lavadero, y debido a la cantidad de sábanas y toallas, debía lavar en la lavandería de la casa de Ejercicios. Ella siempre pasaba y me ayudaba con el trabajo, cada tanto me traía un sandwich para el recreo de media mañana, esos sándwiches “cotizaban” alto en el Noviciado, no sólo por su contenido sino por el cariño con que los daba. Ese plus era lo que nos hacía bien. Como novicios estábamos lejos de nuestras familias, había que hacer un corte afectivo necesario. La Madre Bernardita sabía

querernos sin sobreprotegernos, acompañarnos sin maternalismos, ubicada en su rol. Su cariño y presencia nos hacía mucho bien.

Una vez, colgué las sábanas y toallas un día sábado en las cuerdas del parque de la Casa de Ejercicios, donde se colgaba la ropa lavada. Luego me olvidé de recoger la ropa y me fui a la capilla para dar catequesis. Al volver me acordé de la ropa colgada y fui a recogerla y ya no estaba. Fui a decirselo al Maestro de Novicios y se corrió la noticia que las habían robado. Me dijo el Maestro que fuera a pedir al barrio limosnas para comprar las sábanas y toallas, me agarré una angustia muy grande. Fui a la Casa de Ejercicios y le dije a la Madre que me habían robado la ropa, ella no aguantó mi desolación y tristeza y me dijo: “Venga, la tengo guardada en una pieza, es una broma del Maestro para que no se olvide más la ropa en la cuerda”. Tuve un gran alivio y aprendí a no ser tan olvidadizo en mis tareas de novicio. En sus ojos había complicidad y una gran ternura.

Tuve que hacer mis Ejercicios Espirituales de segundo año de noviciado, los hice solo porque estuve enfermo. La Madre me servía cada día el almuerzo y la cena, me preguntaba qué quería comer en la comida siguiente. Tenía esa particular manera de acercarse sin molestar ni romper el silencio del retiro.

Sus palabras en medio español e italiano eran siempre muy hondas. Recuerdo una frase que me marcó para toda la vida y la he repetido siempre en el acompañamiento espiritual y en los retiros a religiosas y sacerdotes: “Hico, una cosa e la grazia de la vocacione, y otra e la grazia de la perseverancia, rece mucho por la perseverancia”.



Ella sabía intuir nuestros estados de ánimos. Se daba cuenta lo que me costaba el Noviciado, incluso varias veces le comuniqué con mucha confianza mis pensamientos y sentimientos. Ella aconsejaba sin invadir, era consciente que no era la formadora oficial, pero estaba allí, compartiendo con nosotros la casa y la cercanía, sabía hacer muy bien su tarea de “ayudante” en la formación,

con su ser mujer, su ser religiosa y su ser Madre.

No tenía buena salud, pero nunca la escuché quejarse, al contrario. Cuando le preguntábamos cómo estaba, la veíamos sufrir con sus piernas,

ella sólo decía que estaba bien. Su cara reflejaba dolor, pero con serenidad y resignación.

Luego fue destinada a Italia, la volví a encontrar en 1997 en Roma. Estaba ya muy mayor y la enfermedad había avanzado. Me preguntó por Bergoglio. Era muy grande el cariño por Jorge, hoy Papa Francisco.

Algo que debo señalar es la presencia que siento de la Madre Bernardita. No es sólo recuerdo, sino presencia, como si estuviera pronto a verla. Siempre me ha acompañado esa presencia, con su sonrisa, sus anteojos, sus gestos y palabras. Si los santos interceden por nosotros, esa intercesión la percibo en la Madre, es la comunión de los santos, que decimos en el Credo.

Recuerdo muchas cosas de la Madre, pero éstas que escribí son las que me quedaron grabadas para siempre.

Ernesto Giobando SJ
Obispo Auxiliar de Buenos Aires.
7 de noviembre de 2017



“Todo lo ofrecía por los sacerdotes”

Ella conocía todos los chicos que estaban en el Seminario Menor y a sus familias, ella se preocupaba y ayudaba mucho a los estudiantes.

Durante el tiempo que ella estuvo en el Seminario fue de gran ayuda, y apoyo para con los jóvenes estudiantes.

Ella se interesaba siempre por saber cómo estaba toda mi familia y preguntaba por todos ellos.

En ella, todo se trataba del servicio y lo que las hermanas podían hacer para ayudar. Ella era una gran ayuda, a veces



cuando se presentaban dificultades con el obispo consultaba con ella, quien, fue un gran apoyo para mí.

Una vez fuimos a un funeral en Norfolk, Virginia, nevaba mucho y tuvimos que parar una noche en un hotel en Williamsburg, Virginia. En la mañana temprano cuando nos levantamos, ella limpio la pieza, cambio todas las sábanas y dejo todo listo para la próxima persona que viniera a usar el lugar. Ella hizo eso para que no lo tuviese que hacer la encargada.

Cuando estaba en el convento en Roma, yo la visitaba siempre que hacia un viaje a Roma. Recuerdo haberla visitado un vez que estaba en el hospital...cuando llegue al hospital, me dijeron que se permitía solamente a la familia”, yo dije, “yo soy su hermano”.

En ese tiempo ella estaba muy enferma. Luego me escribía y en sus cartas me decía que estaba muy enferma pero que todo lo ofrecía por los sacerdotes. Ella tenía un amor muy especial por los sacerdotes y seminaristas.”

Monseñor Thomas F. Shreve

(Fue rector del Seminario San Juan Vianney del año 1968 al 1974)

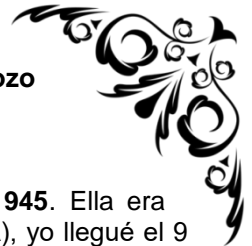


“La reconocí por una sonrisa”

Este es mi testimonio de la hermana Bernardita. Cuando estuvo en San Ignacio, una vez yo la acompañaba a hacer las compras a un almacén mayorista y nos encontramos con un señor que estaba atendiendo el negocio. De pronto se quedó en silencio miraba a la Madre Bernardita y se animó a preguntarle “¿Es usted la hermana Bernardita?” Ella le dijo que sí. Dijo el señor: “Tengo un recuerdo muy grande de usted”, “¿Si?”, le contestó la Madre. Él le dijo: “Yo era muy pobre, iba al colegio de ustedes sin tomar el desayuno, era medio pupilo, todos sacaban su merienda en el recreo menos yo, siempre me iba al lado de la cocina y me sentaba en los escalones de la puerta y usted me daba un vaso grande de leche con pan. Siempre con una sonrisa”. , Bernardita le contesta: “¿Cómo me ha reconocido?”. El señor contestó: “Por su sonrisa, es la misma de hace 35 años cuando usted me daba el vaso de leche”.

Hermana Leticia Bertolotti

“Aclamen al Señor todos los pueblos, sirvan al Señor con alegría y lleguen a Él con cantares de gozo ¡Aleluya!” (Salmo 101,1).



Primer contacto con la Hermana Bernardita: Año 1945. Ella era personal de la “Casa Josefina” (Azcuénaga 1266, CABA), yo llegué el 9 de Marzo por primera vez, venía de Trinidad (Uruguay) para una experiencia de la vida consagrada. Ahí me recibieron muy bien y me mandaron a desayunar (el comedor, en ese entonces era en el “sótano”), esperé bastante, no había un alma... De pronto oí unos pasos y una hermanita de velo blanco, jovencita, sonriente, vino a saludarme con mucha delicadeza y me preguntó: “¿Desayunó?”. “No”, respondí. Me hizo sentar y fue a la cocina que estaba en ese predio. Llegó rápido, con la bandeja con un exquisito café con leche



y otros...; se sentó a acompañarme y conversar. En su media lengua (era italiana), con 24 años, que hacía poco estaba en Argentina; la había traído la Madre Elisa (Superiora General), había sufrido mucho con la guerra y ahora estaba muy contenta y feliz. Es lo que me contó ella y es lo que recuerdo.

Lo que vi yo fue a una Hermana muy humilde, aconsejaba el rezar, ser buena y tener mucho amor con todos, cuidarse de todo mal. Su oficio era la cocina en ese tiempo, muy complicada por la pobreza que se vivía en esa Comunidad. Ella, con su espíritu dinámico y ofrecido, no titubeaba en ir a pedir ayuda; como “hachar” leña para la cocina “económica” (cocina de leña). Ante estas dificultades de la época ella era una hermana alegre, que siempre se la veía sonreír y con una absoluta confianza en “Jesucito”, como ella lo llamaba.

Segundo contacto: Año 1947 a 1951. En Muñiz, Casa Madre. En esta época, todavía en el Instituto había dos clases de Hermanas: las “Coristas” y las “Legas”, ella pertenecía a éstas últimas, porque así lo quiso e insistió para que la recibieran así; con esa decisión se perfila todo en ella, la virtud de la humildad. Nunca se la vio sobresalir, siempre buscaba los lugares más reservados, alegre, sonriente; todo lo hacía sin vanagloriarse. Aquí podemos aplicar también aquella expresión de nuestra Venerable Madre Camila: ...”Amaos con amor puro y desinteresado como miembros de un mismo cuerpo y como que todos no amáis otra cosa que dar mayor gloria a Dios Nuestro Señor y la propia santificación en el fiel cumplimiento de los propios cargos...” (Madre Camila. Carta 235)

Estuve en Casa Madre hasta fines de 1951 y ahí la Hermana Bernardita tenía por trabajo-cargo la Cocina. Era una comunidad muy grande: 100 niños asilados, 30 jóvenes internadas que ayudaban en las tareas, un noviciado con 20 novicias y postulantes, más o menos 8 ó 10 profesas y la enfermería donde siempre había alguna hermana enferma. Realmente era una cocina trabajosa y difícil para atender tantas necesidades, sin embargo ahí estaba ella con su porte acogedor, sonriente, compadeciéndose de todos y ayudar en todo lo que le permitía su oficio de “Chef”. En medio de las “ollas” rezaba y evangelizaba en su enredada lengua. No perdía la calma, siempre se la encontraba alegre, sonriente. En las grandes fiestas de Patronos del Instituto iba a ayudar a la Madre General (Elisa Mores), a quien ella la consideraba



una madre, y esto es así porque muchas veces me tocó amasar los tallarines, empanadas o pastelitos. Una vez, recuerdo, hicimos 1000 tortas fritas, para todos, sin distinción; esto me recuerda el pasaje evangélico "...Denles ustedes de comer..." Siempre había gozo, buen humor, las dificultades quedaban diluidas porque estaba el Señor, se lo alababa con cantos, jaculatorias. ¡¡Hermoso!!

La recreación. Después del almuerzo nos reuníamos en la "galería abierta", Bernardita se apuraba a dejar lista la cocina y se iba contenta. Recuerdo siempre que se sentaba a la puerta que tenía terminación en mármol (como actualmente), era su lugar predilecto y al lado de la Madre General. Esta Madre era muy alegre, junto con otras hermanas. Este lugar era un remanso, descansar de las diversas tareas.



Tercer contacto: Año 1978.

Estados Unidos. Seminario de Richmond, Virginia.

Acompañaba a la Madre General en sus visitas a las Casas o Comunidades, yo miraba, observaba.

Hermosa Comunidad y también panorámicamente. Muchos Sacerdotes y Seminaristas, una espléndida cocina y comedor, muy amplios, grandes.

Ahí encontrábamos a Bernardita, contenta, feliz, sonriente, sirviendo con prontitud y esmero; tanto el desayuno, almuerzo, cena, etc. A todos, con algunos platos especiales para los "enfermitos" (como decía ella). En el Seminario todos la querían, la respetaban, la ayudaban, ella era para todos "**Madre**", no sólo alimentaba el cuerpo, sino que alimentaba a los que estaban atribulados, tristes, indecisos en su vocación. Los mandaba a rezar, ponerse a los pies de Jesús Sacramentado; que hagan oración, etc. Pero también estaba atenta en el comportamiento, respeto, delicadeza, prolijidad, presencia, testimonio.

En su media lengua, entre italiano, español e inglés se hacía entender y era la "Madre que aconsejaba a sus hijos amados".

Todo lo que expresé es porque lo he vivido, me lo han dicho los Sacerdotes y lo he oído, pero lo mejor es que lo he constatado.

La plena confianza en el Señor nos hace vivir esta Palabra: "... Buscad primero el Reino y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura" (Mt. 6,33).

A mayor Gloria de Dios.

Hermana María Julia Recuero Morales



“Pasó en la cocina, sembrando fraternidad”

Quiero contar lo que Hermana Bernardita compartió conmigo hace muchos años.



Ella era personal del colegio de Salto, Argentina y yo estaba en el colegio Pio X de Mercedes, Bs. As., Argentina.

Hermana Bernardita venía de Salto a visitarnos y de paso se confesaba en la catedral de Mercedes con el mismo sacerdote que yo me confesaba; este era el Pbro. Heriberto Celso Ángelo, a quien años más tarde consagraron Obispo de Mercedes, aunque se enfermó y falleció y no pudo ejercer ese ministerio.

Compartiendo un día con Hna. Bernardita y hablando de la bendición de tener santos sacerdotes entre nosotras, me dijo: “Constancia, nadie, ninguna Hna. me va creer..., pero yo he visto al Niño Jesús que vino hacia mí.” Y mi pregunta rápidamente fue: ¿Cómo era Él? Y ella me respondió con rostro

radiante de alegría, sonriendo, que me parece verla ahora: “El era un niño hermoso y vino hacia mí sonriendo, me sonreía, nadie me lo va a creer”. En ese momento alguien nos interrumpió, y para mi pena ya nunca pude reanudar esta conversación, pues más tarde ella ya era superiora y por respeto no me atreví a preguntar.

Yo creo, para mí, esto era un secreto que hoy para Gloria de Dios, quiero compartir.

Más tarde ella fue enviada al seminario de Richmond, Estados Unidos; y años más tarde, en 1972, yo también fui enviada a Casa Belén, Bethlehem, PA, Estados Unidos.

Hna. Bernardita iba seguido a Filadelfia a pedir limosna para el Instituto; pedía entre sus familiares y la comunidad montelesa (italianos de Montella). Varias veces llegaba a la mañana trayéndonos facturas (pan dulce), pizzas etc., de lo mismo le habían regalado a ella, y regresaba a la tarde a Filadelfia para continuar su misión. Ella supo compartir con nuestros puertorriqueños, que aún hoy, algunos que todavía viven, la recuerdan con humor ya que su español era gracioso.

Hna. Bernardita deseaba que nosotras, las hermanas venidas a este nuevo apostolado en América del Norte, estuviéramos bien y contentas. Así con

su alegría y sus pequeños dones que compartía, era una visita que nos hacía sentir cerca de la casa Madre, a la que ella siempre demostró cercanía y deseo que no le perdiéramos el amor y que pensáramos en ayudar siempre.

Hna. Bernardita pasó por el seminario de Richmond, en la cocina, sembrando fraternidad entre las casas de Estados Unidos. Amaba mucho a los seminaristas y sacerdotes. Un día me dijo: "Yo ofrecí mi vida por todos los sacerdotes y aunque no fui de las Hermanas Vocacionistas de Italia (a cuya congregación ella había deseado ingresar), también como Josefina sigo ofreciendo por ellos".

Hna. Bernardita, de trato sencillo, alegre, por lo general sabía compartir con alegría sus chistes, sus caídas en la nieve, a la cual desafiaba. A ella le gustaba hacernos conocer lugares lindos, como Williamsburg, ciudad que mantiene la cultura y la tradición y el estilo de los años 1700.

Hna. Bernardita se mostraba recogida y piadosa, con rasgos de niña cándida, pero muy alegre cuando compartía sus chistes y percances en sus recorridos y trabajos, como cuando la policía la detuvo unas horas, por andar pidiendo.

Nuestra Hna. sirvió en Italia, Argentina, Estados Unidos, y finalmente en Italia donde terminó su sacrificada y religiosa vida, sufriendo una dolorosa enfermedad, en nuestra casa de Roma.

Hna. Bernardita, que Jesús te siga sonriendo y tú continúa ayudándonos desde el cielo.

Hermana María Constanca del Sagrado Corazón Ravasio



Discurso del Santo Padre Francisco Sábado 10 de diciembre de 2016

“Sor Bernadetta... ejemplo de docilidad al Espíritu Santo, de amor a Jesús y de amor a la carne de Cristo concreta.”

Para mí Molfetta es una palabra que tiene mucho eco, mucho. Y me traslada a una mujer, una monja, una gran mujer, que ha trabajado mucho en los seminarios, también en Argentina, cerca de nuestra casa de formación: sor Bernadetta, era de vuestra zona. Cuando yo, como maestro de novicios



y también como superior provincial, tenía algún problema con alguien, le mandaba a hablar con ella. Y ella, dos «bofetones espirituales», y la cosa se arreglaba. Esa sabiduría de las mujeres de Dios, de las mamás. Es una gracia crecer en la vocación sacerdotal teniendo cerca estas mujeres, estas mamás, que saben decir las cosas que el Señor quiere que sean dichas. Ella después fue trasladada a Roma, y yo siempre cuando venía iba a verla. Recuerdo que la última vez que la vi la llamé y ella: «Antes de irse, venga otra vez» — «pero ¿por qué?» — «Quiero que me dé la santa Unción [de los enfermos], porque no nos veremos más». Ese sentido de la mujer, con 85 años ya... Y un día de Todos los Santos le di la Unción de los enfermos y ella se fue a mediados de diciembre.

Esto lo quiero decir para rendir homenaje a esta mujer y a muchas otras como ella, que consagran la vida al Señor y son cercanas al apostolado de los sacerdotes, son cercanas a la formación de los sacerdotes en los seminarios; tienen esa sabiduría, esa sabiduría de las mamás; saben decir lo que el Señor quiere que sea dicho. Y para mí es un deber pronunciar el nombre de sor Bernadetta hoy. Y agradezco a vuestra tierra por habernos dado una mujer así... (...)

Yo podría continuar hablando, pero creo que así es suficiente. He empezado con una monja, quiero terminar con un sacerdote. Inicé con el icono de esa monja que para mí ha sido un ejemplo de docilidad al Espíritu Santo, de amor a Jesús y de amor a la carne de Cristo concreta...



Fui cercana a Sor Bernarda en tantas ocasiones de mi permanencia en Roma.

Las fiestas de la Iglesia Argentina eran enriquecidas de la capacidad y tanta disponibilidad de Sor Bernardita por la cocina, en el preparar pizzas, tortas y los "buenísimos pastelitos y las exquisitas empanadas", dulces argentinos.



Hablar de Sor Bernardita, a mi modesto punto de vista, es hablar ya de una santa. Su carácter humilde, su comportamiento de gran docilidad la hacían siempre disponible, altruista y amable hacia quien se le acercaba. He tenido la ocasión, y fortuna de vivir juntas en la Comunidad de Pratola Serra, donde ella prestaba el servicio de cocinera para la Comunidad y los niños de la escuela materna. En ese período he aprendido de ella, además de sus virtudes, muchos métodos y secretos de cocina y recetas de dulces de los que era muy experta. Sor Bernardita era también una maestra del bordado y todavía hoy la gente de Pratola la recuerda por esto y por su afabilidad. Luego, después de algunos años, la encontré en Roma donde ella se encontraba por razones de salud. Sufrió una intervención en el páncreas por un cáncer. Tenía necesidad de asistencia y me dieron a mí este encargo.

En su enfermedad ha sabido siempre aceptar todo el sufrimiento y no era poco, por amor de Dios y por el bien del Instituto como ella siempre decía. Tenía necesidad de todo pero ella lograba dar más enriqueciendo de una manera admirable a quien estaba a su lado. A mí personalmente, Sor Bernardita, me ha dado tanto con su ejemplo de aceptación, sufrimiento y serenidad única. Recuerdo dos días antes de su muerte, ella había expresado el deseo de ver algunos trabajos de restauración en la casa, la he alegrado llevándola con la silla de ruedas por toda la casa y el jardín. Recuerdo bien su felicidad y me agradeció con un gran abrazo. Yo también estaba contenta por haber satisfecho a una hermana enferma. Después del mediodía la he encontrado como siempre bordando y entre sus manos tenía el bolsillo de un delantal. Al decirle que se detuviese un poco me respondió con una dulce sonrisa "debo terminarlo porque el delantalito es para ti. Ante sus palabras me conmoví. Y Bernardita no lo logró...era el día 11 de diciembre! Recuerdo bien el día siguiente, aquél 12 de diciembre, Sor Bernardita permaneció en cama porque estaba mal. En el almuerzo no comió y cuando fui a la habitación la encontré caída en el piso, por su deseo de levantarse. Pedí ayuda y la pusimos en la cama y entendimos todas que sor Bernardita se estaba yendo aunque estaba todavía consciente.

Después de un breve tiempo, pronunció con claridad mi nombre, quiso sentarse pero fue por poco tiempo, luego con voz clara me pide un

Crucifijo, se lo di, ella lo besó y lo apretó fuerte contra sí y pronunció claro "Jesús, hazlo pronto". Estas fueron sus últimas palabras e inició el coma. Estábamos todas a su alrededor, incluido el párroco Padre David que intentó hablar con ella pero no tuvo respuesta. Rezamos el Rosario y al final Bernardita restituyó su alma a Dios, aquél Dios que había amado toda su vida de Religiosa. Tuvo una muerte santa acompañada de sus Hermanas y de un Sacerdote arrodillado a su lado rezando. Aquél Sacerdote representaba todos los Sacerdotes que ella había asistido y querido y el Señor le ha dado la gracia de morir con la asistencia de un Sacerdote. No podía morir de otro modo! El momento de la muerte de Sor Bernardita me ha marcado mucho, ver aquél crucifijo apretado en sus manos, verla serena hasta el momento del traspaso. Este momento no lo olvidaré jamás. Para mí ha sido el testimonio de verdadera Esposa de Jesús, que ha sabido ir con alegría al encuentro de su Esposo al que siempre ha amado. Esta muerte, yo creo, que es la muerte de todos los santos.

Hermana Susana Pompeo

